ESPAÑA.

83

mol, y desde el cual puede verse otro altar que corresponde al primero, así como el templete de la Forma, que ve el público desde la sacristía dos veces al año, bajándose el lienzo del altar, y que pintó, como se ha dicho, Claudio Coello.

Valioso, rico, elegante, artístico es, pues, cuanto encierra la interesante sacristía que nos ocupa, y para que realce más el mérito que tan acabada obra pudiese para nosotros tener, agregaré que, al hacerse la visita de este lugar, muéstranse al viajero ornamentos soberbios, vasos sagrados de exquisita forma y otros muchos objetos de este género, hechos con el primer oro y la primera plata que los bajeles españoles transportaron de América á la Península.

Sigamos admirando en otras partes nuevas joyas: discurramos fuera de la sacristía, carísimo lector, pues quédanos por ver el convento, el palacio y algo de notorio interés y de curiosidad suma: las habitaciones en que vivió y murió el regio autor del Escorial.

CAPÍTULO XI.

EL ESCORIAL.

(Concluye.)

VAMOS á dar hoy cima á nuestra larga visita, recorriendo con la necesaria brevedad lo que aún nos falta por ver de tan famoso monasterio.

Al salir de la sacristía mayor, donde nos quedamos anteriormente, pasaremos al vastísimo claustro principal que forma un cuadro, pudiéndolo recorrer en todas sus cuatro partes. Lo cubren grandes vidrieras que le dan el aspecto de galerías, decoradas al fresco por varios autores, con pasajes del Nuevo Testamento. Por desgracia nos es imposible penetrar al patio de los Evangelistas, resguardado por los cristales que circundan los claustros, por estar vedada la entrada á todo aquel que no pertenezca á la comunidad de los religiosos agustinos, moradores actuales del convento que tienen ahora bajo su custodia y vigilancia.

Contentémonos, sin embargo, con admirar la magnífica escalera que da acceso al claustro superior, y que es la principal de todo el edificio.

Hase dicho ya que el Escorial es acabada obra arquitectónica, en donde además del arte encerrado dentro de las cua-

tro principales é inmensas paredes de granito, hay que aplaudir y alabar las escaleras y bóvedas, arcos y columnas de atrevida ejecuciór, y en donde hállanse resueltos los más intrincados problemas de estereotomía, con que á menudo se tropieza en construcciones semejantes.

Tiene, pues, la escalera, cuyas gradas son todas monolíticas, un primer tramo de trece escalones que remata en un descanso, pasado el cual se cuentan otras trece gradas hasta una gran meseta, de donde arrancan, y en sentido contrario al del anterior tramo, otros dos ascendentes á diestra y siniestra de la rama principal, terminando en el claustro alto ó superior.

El cubo, que corresponde en majestad al conjunto de la fábrica, se halla cubierto por una gran bóveda decorada al fresco por Jordán, quien representó una gloria en cuyo centro descuella en primer término la Santísima Trinidad. Como cosa notable, en un gran lienzo aparece representada la fundación del Escorial. Esto es lo único que de tales claustros podemos ver, y si somos más afortunados, llegaremos á la hora en que un ruido acompasado y monótono anúncianos el desfile de los frailes que pasan de dos en dos por el claustro superior, con su negro hábito de largas mangas, y calada la capucha.

No hay tiempo para quedarnos más en este sitio, y aprovechémosle ahora encaminándonos hácia la biblioteca principal, que allí veremos no pocas reliquias, verdaderos tesoros bibliográficos. Aquí va á conducirnos venerable fraile agustino, deteniéndonos ante la puerta para leer la excomunión que se fulmina contra todo el que se apodere de alguna obra de esta biblioteca. Hállase sobre el zaguán por el cual entramos al patio de los Reyes, mirando hacia la parte principal. Es también una gran galería con pavimento de mármol y bóveda de cañón, decorada ésta espléndidamente con frescos estilo Renacimiento.

La rica estantería de maderas preciosas que á lo largo de

los muros se extiende, fué proyecto de Juan de Herrera y ejecutada por un artista italiano. Llama singularmente la atención que todos los libros se hallen colocados con el lomo hacia dentro y el canto opuesto para fuera, de suerte que el curioso no puede ni siquiera entretenerse en leer los títulos de las obras.¹ Esto no obstante, al viajero siempre le muestran algunas notables ediciones, ya por su rareza, ya por el autor de donde han emanado. Misales, devocionarios, miniaturas medioevales de que tanto abundan los manuales piadosos de la época, biblias curiosísimas; todo asombra y encanta.

Existe por ejemplo un volumen primoroso, guardado bajo cristales, en donde con letras realzadas, de oro, consta el texto de los cuatro evangelios, cánones y epístolas; varios devocionarios del Emperador Carlos V; un soberbio Alcorán, que se conserva como despojo de la batalla de Lepanto; y en otro departamento se encuentran innumerables manuscritos, autógrafos, obras en griego, latín, árabe, hebreo y otras lenguas, todo de indisputable mérito y de valioso precio. Y como ninguna de estas obras pudimos hojear ni aun tener en nuestras manos por hallarse rigurosamente bajo llave, saldremos, lector amable, de la biblioteca, no sin dar antes las gracias más cumplidas al Reverendo Padre que, en recorrer lo visible de esta galería, con tanta bondad se ha servido acompañarnos.

Sin duda, y así lo adivino, que tenéis curiosidad grandísima en que hagamos ahora una visita ligera, como todas las nuestras, á la famosa habitación donde vivió y murió el segundo de los Felipes de España, tan extraordinario y misterioso, como juzgaremos ahora por lo que veamos. ¡Y á fe que

¹ Para consultar en esta biblioteca, como es privada del Rey, se ha menester un permiso especial de la Intendencia de la Real Casa y Patrimonio.

² Varias de estas obras se presentaron en la Exposición de Madrid de 1892, ya en la sección Histórico-Americana, ya en la Histórico-Europea y en los departamentos de España.

os sobra razón lector carísimo! Ya vais notando que la mole de piedra en cuyo seno estamos, es digno monumento, no de estas pobres y humildísimas líneas, sino de obra inmortal que surja vigorosa y grande bajo gallarda y erudita pluma.

Pasaremos antes por la galería que llaman sala de batallas, que contiene pormenores curiosos de diversos hechos de armas, figurados al fresco en los muros por dos artistas italianos, y que, para recreo, mandó pintar Felipe II.

¡Qué inmensa cantidad de figuras, de armas de todas clases, de embarcaciones, de panoramas y de bien acabadas perspectivas!

Por un lado y en colosal cuadro, contemplamos la célebre batalla de Higueruela, y el triunfo que sobre los árabes alcanzaron Don Juan II de Castilla y su Condestable Don Álvaro de Luna, cuya vida de éste terminó en el cadalso de Valladolid, para ejemplo de los ambiciosos y de los grandes, y ante cuyo sepulcro asimismo estaremos cuando hagamos nuestra visita á la Catedral de Toledo. Por otro lado muéstrasenos en vivo conjunto la acción de San Quintín; y por todos los huecos libres, ya en la bóveda, ya en los muros, observamos cortinajes que se arrollan, flores que se mezclan con frutas, con aves y animales fantásticos y cuanto pudo producir la imaginación del artista al descuidado caer del pincel por lienzos y bóvedas y rincones. El conjunto general, cuyo golpe de vista es admirable, puede juzgarse armonioso y singular.

Por una puerta pequeñita practicada cerca de un ángulo de la sala, bajaremos ya á la habitación citada.

Nuestro guía nos dice que nos encontramos en el Salón de Embajadores, que precede á la cámara del monarca.

Empero ¿este es el lugar donde los grandes señores y los favoritos venían á rendir pleito homenaje al poderoso Rey, en cuyos dominios jamás tuvo ocaso el Sol? ¿Estas son, pobres y desnudas, las paredes que tantas y tantas históricas escenas presenciaron en los célebres tiempos del vástago de

Carlos V? ¡Oh! ¡Cuán misterioso es el corazón humano! Felipe II, que hacía labrar en mármol y granito un palacio en cuya construcción se recreaba; Felipe II, en cuyos hombros descansaba "el peso terrible de dos mundos," y que era, á la sazón, el monarca más grande de su tiempo, busca para su morada el último rincón del monumento que edifica, y exhala el postrimer suspiro en el sitio más lóbrego y más triste de toda aquella melancólica mansión.

Un cuarto de regulares dimensiones, con honores de sala, de paredes blanqueadas, de pavimento de ladrillo, con otros dos pequeños é inmediatos aposentos, húmedos y obscuros, y algunos cuantos muebles de uso; tal es en resumen el lugar mismo que el Rey se destinó. Todo se conserva intacto, tal y como estaba en los momentos de la muerte del extravagante soberano.

Así pues, en el llamado salón de embajadores vemos aún el sillón, los taburetes sobre los cuales apoyaba Felipe II la pierna gotosa y ulcerada, unas cuantas sillas de la época, una grande esfera y algo más de escaso mérito artístico; en la alcoba se mira un catre de campaña, varios libros, y el escritorio del célebre Antonio Pérez, Secretario del Rey, y cuyo nombre ha corrido tantas veces impreso en dramas y en novelas. Lo más singular de tan extraña habitación es que la alcoba tiene unas ventanas que eaen para el altar mayor del templo, como se recordará, del lado de la epistola; de suerte que, tendido el Rey en su lecho y abiertas las ventanas, podía sin molestarse oir la misa que en el altar se celebraba. Allí pues, en tan pequeñísimo espacio, en celda tan miserable, Felipe II sucumbió en medio de los terribles dolores de su enfermedad, el 13 de Septiembre de 1598. Ya sabemos donde descansan sus cenizas.

Arriba de la puerta de entrada á la histórica alcoba, mírase una tablilla (que dicho sea de paso, y en honor de la verdad, no corresponde, por lo mezquina, á la severa majestad de este lugar), en la cual se leen estos versos: "En este estrecho recinto
Murió Felipe segundo,
Cuando era pequeño el mundo
Al hijo de Carlos quinto.
Fué tan alto su vivir,
Que sola el alma vivía,
Pues aun cuerpo no tenía
Cuando acabó de morir."

Felipe II había, pues, muerto lo mismo que su ilustre padre: en un convento; en una celda que, por su sencillez y pobreza, contrastaba con el poder y la magnificencia de aquel hombre que llenó un siglo con su nombre y con sus hechos.

Pasemos ahora á el ala septentrional del monasterio, que es donde se encuentra el palacio, ó sean las habitaciones reales; subamos por la escalera que nos condujo á los aposentos del fundador, y atravesando patios, bajando ó subiendo nuevamente graderías, recorreremos piezas á granel, todas llenas de innumerables cuadros, de incontables tapices, de objetos de arte y caprichosos muebles de diferentes épocas y estilos.

Propiamente ocupa el palacio todo el mango de la parrilla, que es la figura que tiene la planta del edificio, y buena parte del Escorial, de aquella que, como acaba de indicarse, mira al septentrión.

En verdad que en este lugar es imposible detenerse el tiempo necesario para hacer siquiera ligerísimo examen de todo lo que encierra. Es aquel un laberinto de cuartos, ya grandes, ya pequeños, que la imaginacion vaga y se trastorna, como la vista ante un hacinamiento de objetos heterogéneos, sin orden y confusos.

Por aquí contemplamos un cuarto, forradas sus paredes con tapices hechos según modelo de los cartones por Teniers ó Goya: más allá, las habitaciones mandadas decorar por Carlos IV; la inmediata es la pieza donde vino al mundo Fernando VII; la otra cúbrela espléndida tapicería flamenca; en suma, galerías, salas, despachos, tocadores, alcobas, cuanto

puede poseer un soberano en tal lugar, reunido con su real familia, tanto se halla en este vastísimo recinto que han ido aderezando con lujo y esplendor los sucesores todos de Felipe II. Puede decirse, sin exagerar, que tales aposentos son verdaderos museos, dignos de la visita del viajero, al par que de alabanza y de justa admiración.

El resto de la fábrica se encuentra consagrado á seminario, cuyos alumnos visten uniforme; y, generalmente, cuando se comienza la visita, como nosotros lo hemos hecho, por el patio de los reyes, se sale del edificio por la puerta que cae al Norte.

Por la sencilla narración que se ha hecho en este y en los precedentes capítulos, debe comprenderse que un día entero no basta para darse cabal cuenta de la fábrica; pero si se dispone de escaso tiempo, en cinco ó seis horas se tendrá idea, aunque vaga, de aquella construcción y de lo más notable que encierra. Según los más curiosos autores y que con toda prolijidad hanse ocupado en estudiar tan magna obra, ésta contiene más de diez mil puertas y ventanas, nueve torres que levantan sus agujas á buena altura, quince zaguanes, diez y seis patios, trece oratorios, doce claustros; más de cuarenta fuentes, ochenta y tantas escaleras y otros pormenores no menos singulares.

Todo es innumerable, todo es grande, todo colosal. En su torno y en las afueras del edificio, existen otras construcciones, y el pintoresco pueblo de San Lorenzo, que el viajero puede en un instante visitar, como complemento de la excursión al real sitio.

¡Cuán grandes memorables huellas deja! ¡Cuán profundas impresiones, que no se borran, antes se acrecientan más y más, graban en el alma aquellas piedras, aquellos techos de pizarra, esos panteones cuajados de mármoles y bronces, y aquellos solitarios claustros!

No puede en verdad definirse lo que siente el corazón bajo las bóvedas del porfírico gigante; y ni la lengua, ni la plu-

ESPAÑA.

91

ma pueden dar idea remota del sinnúmero de sensaciones que, en cortísimo espacio de tiempo, se reciben.

Grandeza y mezquindad, magnificencia y sencillez, bronces y cenizas: tal parece que el Escorial, con su mezcla singular y su conjunto extraño, es la representación viva de la majestad y la miseria humanas.

El Escorial abrió sus puertas solemnemente el mes de Noviembre del año 1892, cuando la regia visita de los soberanos de Portugal Don Carlos de Braganza y Doña Amelia de Orleans, acompañados de la Infanta de España Doña Isabel de Borbón y de su alta y noble servidumbre. Es la última y más reciente solemne visita que hasta la fecha se cuenta en el real sitio.

Le abandonaremos ya; saldremos de sus claustros, porque nos falta el aire libre y purísimo del campo; necesita dilatarse el corazón, descargarse la mente del peso que la abruma con las sucesivas emociones, con los repetidos recuerdos de la Historia, con tanto que la vista asombrada ha contemplado. Salgamos de una vez, y alejémonos, con sentimiento, con verdadero pesar, de aquel coloso, y dejemos envuelta en la bruma del recuerdo, con sus cenizas, con sus tumbas, con su templo y con sus claustros, aquella inmensa mole de granito.

CAPÍTULO XII.

TOLEDO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

ON qué palabras ó por qué medios podré comunicar á mis lectores las emociones que se sienten á la vista de aquella mole tantas veces secular, mitad en pie, mitad desmoronándose, en cuyo seno todo es tradicional y misterioso, y que se llama Toledo?

¿Cómo delinear siquiera débilmente la fisonomía impresa por los años, en sus indestructibles baluartes y amarillentos torreones, en su conjunto todo, á la ciudad imperial, "la segunda Roma—como elegante escritor ha dicho'—la codiciada de los romanos, perla de los godos, encanto de los sarracenos, premio de los cristianos reconquistadores y orgullo del césar Carlos V, del compendio y suma, en fin—añade—en que se encierran en maravilloso modo las glorias históricas y artísticas de España?"

Es imposible, en verdad, imaginarse Toledo.

Es uno de esos puntos del globo que necesitan palparse á fin de tener idea completa acerca de ellos.

Forjaos en la mente una ciudad construída en las escarpas de elevadas rocas, como nido colosal de águilas, ceñida por

1 El Vizconde de Palazuelos.